

SOPA DE LIBROS

Alicia Borrás Sanjurjo

# Nata y chocolate

Ilustraciones  
de Anuska Allepuz



ANAYA



*A mi familia, a Yago, a Ali y a Maruxiña,  
mis niños queridísimos, y también a Mar,  
mi mejor lectora de once años.*

Sonia tiene once años, el pelo fino y blanco como una abuelita dulce, y la cara tan rosa claro como sus ojos. Sonia es albina.

Ser albina no es ser un habitante de un país llamado Albania, ni tampoco ser de una raza nueva o diferente. Ser albina significa que, debido a una enfermedad que no duele, algunas personas, animales y hasta plantas nacen más blancos y descoloridos que si los hubieran sumergido en lejía.

—¿Has visto a Sonia? —dice Ramón al oído de Lola—. Parece un fantasma; si apagamos las luces, brillará en la oscuridad.

Lola suelta una carcajada tan exagerada que toda la clase la corea. Álvaro, el tutor, da dos golpes en la mesa para pedir silencio.

—Lola —dice muy serio—, ¿se puede saber qué es lo que te hace tanta gracia? ¿Quieres contárnoslo?

—Es que... —contesta ella aguantándose la risa— me acordé de la película de *Los cazafantasmas* y...

El timbre del recreo la interrumpe y toda la clase sale corriendo hasta el patio. Todos menos Sonia, que parece arreglar algo en su mochila. Álvaro ni siquiera la mira, está más preocupado en buscar en el bolsillo de su cazadora el paquete de cigarrillos.

Sonia no está contenta en el colegio, ni en este ni en ninguno de los que ha estado antes. A ella le gustaría quedarse en casa y leer un libro, ver la tele o mirar cómo calceta la abuela, pero, según dice su padre, ningún niño puede estar sin hacer nada.

—Tu trabajo es estudiar, lo mismo que el mío es conducir un autobús, y te guste más o menos tienes que hacerlo.

Ni la abuela ni él entenderán nunca lo del murciélago que muerde su barriga cuando los demás niños la llaman Nata o *fantasmica*; ni lo difícil que le resulta hacer los problemas de Matemáticas, o lo que sufre en clase de Gimnasia cuando tiene que saltar el potro o hacer el pino.

—La pobre Nata es más torpe que un elefante con tacones —dice Lola, que es buenísima en Educación Física.

Y todos se ríen. Y ninguno se ríe con Sonia.

A veces, ella piensa que si su madre viviera, todo sería diferente, pero como dice la abuela Carmen: «No hay que pensar en lo que no tiene solución».

Todas las mañanas camina despacio hasta el colegio deseando ser invisible; le pesa tanto la mochila que se imagina que es un carbonero que arrastra un enorme saco de carbón para llenar la caldera de



un barco tan grande como el *Titanic*. Allí, con tanto calor y tan poca luz, nadie se fijaría en el color de su piel, ni se reiría de su pelo blanco, porque lo tendría lleno de hollín. Piensa en lo a gusto que se sentiría tan cerca del fuego, porque Sonia siempre tiene frío, en invierno y en verano.

Lola, sin embargo, siempre tiene calor. Su piel morena y brillante suele estar encendida, y casi nunca lleva puesta su cazadora de colorines. Lola no es transparente ni descolorida, sino fuerte y divertida, y en el fondo a Sonia le gustaría ser como ella.

12

—¡Eh, Nata! ¿Trajiste la redacción de Lengua?

No mira a Lola cuando rebusca en su mochila para dejarle copiar una redacción que ha hecho para ella. Sonia es muy buena redactando y no suele hacer faltas porque lee mucho, en cambio Lola hace cientos de ellas, bueno, hacía, porque ahora todos sus trabajos de redacción le corresponden a Sonia.

—Mi padre dice que algunos escritores tienen un negro que escribe para ellos; yo, sin embargo, tengo una blanca. ¿Verdad, Natita? Muchas gracias. Seguro que Lidia me pondrá un sobresaliente otra vez.

Lola tiene cientos, miles de amigas y amigos, por eso nadie se atreve a decir en voz alta lo que piensa, solo algunas veces Ramón se le encara, pero es que él también es fuerte y grande.

—¡Vaya morro que tienes! Cualquier día tu *fantasmica* se chiva a Lidia y te la juegas.

Lola se ríe, su carcajada vuela por encima de las mesas y revuelve el pelo blanco de Sonia, que espera la llegada de la profesora. Podría decirse que la clase de Lengua es la única que le interesa, y eso que, a pesar de sacar sobresalientes, Lidia no la mira casi nunca.

La puerta se abre y una profesora nueva entra en el aula. Un silencio sepulcral le da la bienvenida, pero ella avanza con naturalidad y con una sonrisa deja su carpeta en la mesa.

—Buenos días a todos; me llamo Inés y vengo a sustituir a Lidia. Álvaro, vuestro tutor, pensaba avisaros, pero no le ha dado tiempo, así que aquí estoy yo.

Lola se levanta de un salto y Sonia querría ser más invisible que nunca.

—Yo me llamo Lola, Inés, y suelo sacar sobresaliente en esta asignatura.

Inés la mira de frente.

—Estupendo, Lola, seguro que nos llevaremos bien, y ahora, por favor, id diciéndome todos los demás vuestro nombre para empezar a conoceros.

Cuando le llega el turno a Sonia, es incapaz de hablar. Solo levanta un poco la cabeza.

—¿Cómo te llamas? —pregunta Inés con una voz de sonrisa.

—Es Nata, profe —interrumpe Lola con la risa bailándole en los ojos—. Es tímida la pobrecita.

—No es tu turno, Lola —dice muy seria Inés—. ¿Nata?, ¿te llamas Nata?

Una carcajada múltiple estalla en la clase. El murciélago empieza a hacerle mucho daño a Sonia en la barriga.

Inés no levanta la voz, pero sus ojos hacen callar a todos.

—¿Podrías decirme tu nombre, por favor?

Sonia la mira.

—Me llamo Sonia.

Una sonrisa aparece en la cara de la profesora.

—Un bonito nombre, Sonia, ¡y además eres albina!

—¡Como Copito de Nieve! —dice Ramón provocando la risa en todos los demás—. Y seguramente como Casper...

Inés hace como si no le hubiera oído, exactamente igual que Álvaro hace con Nata.

—No sabes la alegría que siento al conocerte —sigue la profesora dirigiéndose únicamente a ella—. Mi abuela, una mujer inteligente, casi tan guapa como tú y encantadora, era albina. Yo siempre creí que era un hada, hasta que mi madre me lo explicó. Sois tan pocas las que tenéis este don de la transparencia que realmente es para mí un orgullo que estés en mi clase. ¿Qué tal se te da mi asignatura?

Pedro contesta con rapidez.

—Siempre saca sobresaliente.



—Lo dicho —sigue sonriendo Inés—, estaba claro que eres inteligente. Y por favor, dejadla hablar a ella, la timidez es un signo de inteligencia también, aunque no suele tener muchos seguidores, al contrario de los que hablan disparando.

—Me gusta la Lengua —contesta Sonia sintiendo que el corazón galopa en su pecho.

—Pues quién lo diría, porque la usas poquísimo —se ríen Lola y los demás.

—Pues mira —sigue la profesora, ignorándolos—, ya tenemos algo en común, incluso presento que mucho. ¿Y eres lectora?

Sonia la mira solo a ella.

—Sí, también me gusta muchísimo leer.

—Pues es un placer conocerte, ya lo creo; solo por gente como tú, merece la pena enseñar esta asignatura. Vamos a hacer un dictado, coged la libreta, por favor...

Sonia casi no puede escribir, la emoción que siente la hace temblar y no puede creerse lo que ha oído. Además, Inés es tan guapa y su sonrisa es tan luminosa... Su pelo revolotea por su espalda en unas ondas castañas muy divertidas, y sus ojos se ríen con su voz... Respira hondo y se concentra en el dictado, no quiere tener ninguna falta.

—Ahora, por favor —dice al terminar—, pasadme las hojas. Empieza tú, Lola, recoge las de tu fila.

Lola, a pesar de su seguridad, está algo inquieta, normalmente en los dictados se apoya en Nata, que le sopla las consonantes más retorcidas, pero hoy está tan concentrada que casi ni la mira.

«“El don de la transparencia”, ¡qué chorrada! Esta profe, a pesar de que es bastante guapa y con estilo, es una cursi», piensa Lola.

—Bueno, Lola —la voz de Inés la devuelve a la realidad—, realmente no me explico lo de tu sobresaliente en mi asignatura, por lo menos una tercera parte de las palabras del dictado están mal escritas, algunas incluso duele mirarlas. Esto se debe a que, imagino, no te gusta leer, ¿verdad?

Lola da dos vueltas a la goma de su coleta y mira a la clase.

—Desde pequeñita le tengo alergia a las letras, como mi padre, es una cuestión genética.

Curiosamente, la expresión de Inés evita las carcajadas.

—Pues realmente es una lástima; la gente lectora es mucho más rica por dentro, te lo aseguro —su sonrisa brilla—. Espero que llegues a descubrir el placer de leer.

—No, gracias, profe —dice mirándola a los ojos—. La verdad es que no tengo tiempo, ni demasiado interés. Prefiero ver la tele o chatear.

Inés no dice nada, pero nadie se ríe. Cuando llega el turno de Sonia, su corazón vuelve a galopar.

—Enhorabuena, Sonia, no has tenido ni una falta, y eso para un alumno de sexto de Primaria es todo un récord. Creo que, además de lectora e inteligente, eres también muy observadora.

La puerta se abre y Álvaro avanza hacia Inés con desenvoltura.

—Veo que ya conoces a esta jauría y empiezas a darte cuenta de cómo respiran. Espero que no te causen demasiados problemas, si no me los mandas a que te los ponga derechos.

Inés lo mira con simpatía.

—Lo tendré en cuenta, pero la verdad no creo que haga falta, de momento creo que podré manejarlos. Ya estamos empezando a conocernos.

Álvaro pone cara de controlar todo y señala a Lola obligándola a levantarse.

—Aquí hay una persona que seguro que se habrá hecho notar. Tendrás que disculparla, como delegada de clase en tres cursos sucesivos piensa que tiene algunos derechos adquiridos. Digamos —sonríe— que su inteligencia y su rapidez mental la disculpan. El resto son un montón de alumnos a los que también tendrás que domesticar con una enorme dosis de paciencia. Y ahora te dejo que aproveches los minutos que te quedan para seguir enseñándoles.

Inés le retiene con delicadeza.

—Sí, ya he tenido el placer de conocer a Lola, pero ella tendrá que usar su inteligencia y su rapidez mental muy a fondo en mi asignatura si quiere aprobarla... —unas risas se escuchan de fondo—. Puedes sentarte, Lola. Sin embargo, me ha sorprendido muy gratamente el dictado de Sonia, es con mucho el mejor que me he encontrado desde hace tiempo —Sonia nota que le arde la cara—. Tiene una ortografía tan correcta como la de un buen alumno de segundo de la ESO.

Álvaro carraspea con una sonrisa forzada.

—Sí, creo entender que es buena en Lengua, sin embargo, no podría decirse lo mismo de las Matemáticas, en mi asignatura resbala casi tanto como en Educación Física.

Una carcajada general apaga la voz del tutor.

—¿No es cierto, Na..., digo Sonia? Y levántate, por favor; es tan tímida que habría que ponerle un altavoz.

Sonia no puede contestar y asiente con la cabeza mientras el murciélago se instala en su barriga.

—Muchos grandes genios han sido tímidos, por mí puede sentarse de nuevo. Y ahora, si me lo permites, Álvaro, querría continuar con mi clase. Para mañana —levanta la voz mientras el tutor cierra la puerta con cuidado— me gustaría que trajerais una redacción sobre algo que hayáis leído o visto y que os haya gustado. Y tú no te preocupes, Lola, a pesar de tu alergia a las letras encontrarás algo, porque me vale todo, todo: una noticia de periódico, un tebeo, una valla publicitaria, un anuncio de la tele, lo que sea, no más de un folio por una cara, por favor. Y ahora podéis ir recogiendo las hojas, porque quedan exactamente tres minutos para el timbre e imagino que estaréis deseando ir al recreo. Hasta mañana.